

LA MAQUINARIA TEATRAL

En una entrevista de 1990, Fo reflexionaba sobre esa época, y a la pregunta: "¿Es necesario hacer política con el teatro?", contestaba: "Pues claro. Creo que en todo el gran teatro, el que ha llegado hasta nosotros, ha habido siempre un discurso político y social, tendiente a estimular el interés, la participación, la solidaridad... o la indignación. En resumen, tomaba postura, colocándose a menudo como acusación contra ciertos modelos o actitudes de la sociedad, desde el teatro griego hasta el teatro más cercano a nosotros, incluyendo a Shakespeare y a Molière". Y más adelante: "Tomemos "Muerte accidental...", considerado, o más bien catalogado como un ejemplo clásico de teatro explícitamente político. Sí, está la instrucción realizada sobre un incidente ocurrido en la Jefatura de Policía, el famoso "vuelo" por la ventana del anarquista. Tal vez un delito, un delito de Estado, un asesinato que torpemente se intenta presentar como un suicidio. Pero la clave de la historia se sitúa en una situación de diversión, porque para provocar el juego cómico, además de satírico, elegimos el personaje de un loco, un maníaco de los disfraces que, mediante la lógica de la paradoja más enloquecida, trata de destruir la lógica de los "mentalmente sanos". Y así ocurre que los auténticos locos resultan ser "normales". ¡Locos y criminales, además! Este juego de lo grotesco, de la para-

doja, de la locura se sostendría perfectamente incluso sin el discurso político. Tanto es así, que algunos directores -que Dios los confunda- preocupados por montar una pura diversión, han eliminado la indicación realista del conflicto, han exasperado el juego cómico hasta apayarlo, y al final han conseguido una especie de "pochade" surrealista, donde la gente se parte de risa y sale del teatro bien liberada de toda indignación y pensamiento molesto. Eso ocurrió en un famoso teatro de Broadway, donde el discurso político había sido literalmente asesinado. Pero la maquinaria teatral se mantenía de todos modos. Y el crítico del "New York Times" comentó: "En esta comedia hay dos asesinatos: el primero, y más evidente, el del texto".

Pongo este ejemplo para subrayar que, en efecto, nosotros insistíamos en el compromiso, en la denuncia, pero sin olvidar jamás la esencia primera del teatro, que es la diversión, el juego de las situaciones dramáticas y cómicas. Conscientes de que si no funciona la maquinaria teatral, con todos sus ingredientes de espectáculo, tampoco funciona el discurso político, y todo se reduce a un panfleto tedioso e insoportable".

Y de hecho, "Muerte accidental..." es tal vez el texto de Fo de mejor construcción dramática. Para empezar, utiliza un artificio general, que explica claramente en el prólogo: para contar la historia de Pinelli (1969), crea un doble filtro diciendo que "se hablará del anarquista Salsedo, que cayó del piso 14 de la jefatura de policía de Nueva York en 1920", pero para hacerlo más verosímil, se supondrá que ocurra "ahora, en cualquier ciudad italiana... por ejemplo,

Milán". Y en segundo lugar, el gran hallazgo de la obra, el personaje múltiple del loco, el clásico "fool", tan presente en el teatro de Fo, aquí afecto de "histriomanía", que, como en Shakespeare, se escuda en su aparente locura para, rehuendo la lógica policial, expresar verdades que de otro modo no podrían decirse. En ese personaje ha dado Fo rienda suelta a todas sus capacidades de gran juglar y fabulador, sirviéndose de su capacidad transformista, al componer con parches, ojos y manos postizas, barbas y demás trucos tradicionales de maquillaje, los diferentes personajes, sin olvidar una soltura y habilidad actoral que entronca con la Commedia dell'Arte.

Para terminar, una breve reflexión sobre la oportunidad de este texto a los 25 años de su escritura. Es cierto que ha cambiado la situación política no sólo en Italia, pero tan cierto y preocupante es que las tentaciones fascizantes, lejos de desaparecer, vuelven a manifestarse en las democracias europeas. Por otro lado, el terrorismo de Estado sigue siendo una turbia amenaza, que opera con métodos tal vez más sofisticados y sutiles, pero no menos eficaces. Tal vez un posible anacronismo vendría, más que de la denuncia política, de ciertas tentaciones panfletarias, hijas del momento histórico, sobre todo en los largos monólogos del loco. Por ello creo que en el caso de un nuevo montaje, el texto requeriría ahora un trabajo de dramaturgia y de "peinado" de cierto lenguaje. Pero para su nueva edición, algo aligerada y revisada sobre todo en toda la terminología jurídica, he preferido respetar de todos modos su escritura original, dejando incluso el primer final, ya que existió otro en el que el loco no

cae por la ventana, sino sobrevive y se marcha para divulgar las cintas. El primero me sigue pareciendo el más ambiguo -no equívoco- y por lo tanto, teatralmente más rico.

Carla Matteini, abril 1996